

Concepción, como se ve, diametralmente opuesta a la que han sustentado los escritores europeos, casi sin excepción, durante los últimos treinta años. Frases de este género dan al libro de M. Lasserre—a este y a otros—un sabor anacrónico que no es enfadoso porque no es insistente. Un sabor grato y amable, que no es frecuente en los libros contemporáneos.—*R. Silva Castro.*

## HISTORIA CONTEMPORANEA

MÉXICO REVOLUCIONARIO, por *Oscar Tenorio.*

Es un libro de exégesis de la revolución mexicana, más aún, de defensa y a veces hasta de propaganda. Oscar Tenorio ha sido impresionado muy vivamente por el «hecho mexicano» hasta el extremo de justificarlo en sus más mínimos detalles. Es cierto que la revolución de México es de una extensa trascendencia histórica y hace emerger de ella la simpatía admirativa como una consecuencia inmanente; pero en conjunto, como movimiento desplazativo de una insuficiente organización gubernativa por otra más completa y más correlativa a la idiosincrasia del pueblo mexicano. Sin embargo, esto no infiere una conclusión de aceptación absoluta.

Tenorio se circunscribe a estudiar en síntesis el problema mexicano en sus tres fases más importantes: el problema religioso, el agrario y el

petrolero, dedicando escasas páginas al problema educacional, poderosamente ligado también al económico. Y esto es lamentable, pues el problema de la educación ha sido una de las preocupaciones primordiales del gobierno de México y uno de los más difíciles en la tentativa de solucionarlo, debido, como se sabe, a la carencia de unidad idiomática—existen más de cincuenta lenguas y dialectos diferentes—que acentúa su complejidad, tornándolo más arduo que en otros países. Sin embargo sea acaso en el aspecto educacional donde la revolución mexicana—aprovechando los adelantos y experimentaciones pedagógicas de los últimos años y utilizándolos en relación a la posibilidad de aplicación según la modalidad autóctona—ha conseguido los más positivos resultados. De ahí que sea sensible que este aspecto fundamental de la revolución haya sido tratado tan ligeramente, cuando de su estudio podrían haber resultado inferencias provechosas.

Otra impugnación de importancia que podría hacerse al libro de Tenorio sería también la de no haberse preocupado del arte mexicano post-revolucionario, cuya raigambre social es notoria y cuya especulación de los motivos diferenciales ha alcanzado una exteriorización notable, más notable aún, pues México es quizá el único país de América que pueda exponer al conocimiento un arte de verdadera expresividad vernacular, nacido alrededor de la vibrante sacudida revolucionaria. Ahí está, para corroborar lo dicho, la obra de Rivera, Orozco, Alba de la Canal, Azeula, Icaza, etc.

Resumiendo. En esta obra sólo se han estudiado aspectos parciales de la revolución sin darnos por lo tanto una visión de conjunto, completa y cuanto más necesaria ya que la mayoría de los volúmenes publicados sobre el movimiento evolutivo en la tierra de los aztecas han sido diatribas irresponsables o apologías, como este libro de Oscar Tenorio, apasionado, entusiasta, carente de toda serenidad expositiva y empecinado en sostener la permanencia del elogio. No obstante, como está muy bien documentado, contribuye a destruir no pocas falsas apreciaciones y perjuicios sobre la revolución mexicana. Y por eso es digno de ser leído.—*Arturo Troncoso.*

## LINGÜÍSTICA

UN BARRIDO LITERARIO, por *P. Raimundo Morales.*

Esta obra tiene un título equívoco (1). No se trata esta vez de *un barrido literario*, es decir, de una crítica de los dislates que cometen los escritores en sus obras, sino de un catálogo de voces de origen extranjero que el autor ha ido espigando en libros, revistas y diarios, sobre todo diarios. El autor confiesa en su prólogo que «los moldes del viejo castellano son muy estrechos» y esto lo inclina un

(1) Raimundo Morales, franciscano. *Un barrido literario* (Estudio sobre extranjerismos). Con licencia. Imp. Cisneros. Santiago, 1929.

poco a la blandura, si no a la laxitud. A veces hace su crítica—mejor sería decir censura—con ánimo liviano, otras veces, como él mismo dice con expresión pintoresca, «se le anochece un tantico el entrecejo».

Esta obra sería mucho más útil si no existieran catálogos de voces extranjeras que permiten, al escritor que no conoce idiomas y al público, consultar todos los términos de origen foráneo que se encuentran en los escritos corrientes. El que tenga en su poder un Larousse podrá ahorrarse la lectura del libro del P. Morales.

Hay en esta obra no menos de ciento diez voces de diversos idiomas extranjeros para las cuales el P. Morales no da equivalente alguno ni siquiera una traducción breve que se pueda usar en lo sucesivo en reemplazo del vocablo extranjerizo. Lo que gana el lector con la lectura de los párrafos relativos a esas ciento diez voces, es, pues, sólo el deleite del estilo del autor.

Un estilo familiar, por lo demás, y tal vez en exceso. Un extremo de ridículo se traduce en el lenguaje del P. Morales por la frase: «Es para descalzarse de risa» (pág. 19). Una invitación al hablar llano: «Déjate de latinajos, Perico, y atente al castellano puro y neto, y santas pascuas.» (Pág. 157.) Repetida, casi textualmente, en pág. 211. En materia de interjecciones el P. Morales es también muy fecundo. *¡Aprieta!*, *¡Atiza!*, *¡Tú, que tal dijiste!*, *¡Puf!*, fuera de otras que se me quedan olvidadas, abundan en su obra.

Nada habría que reparar si toda las correcciones que ha hecho el